

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Esta Asociacion no solamente esquiva sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretesto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

EL CULTO HUMANITARIO.

ARTÍCULO II.

La influencia de esta lamentable apoteosis deja sentirse en todos los órdenes y esferas, en las ideas y en los actos, en las doctrinas y en las costumbres, en filosofía y en literatura, en las ciencias y en las artes, en los pueblos y en los gobiernos, en la sociedad y en el individuo, en cada una de sus facultades, en cada uno de sus sentimientos. Véase por do quiera campear al hombre como agente soberano é irresponsable, como principio y fin de su propio sér, como si la sabiduría, el poder, la bondad y demás atributos, de que el Criador le comunicó leves destellos, fuesen propiedades en él innatas: no parece sino que en sí y por sí solo pueden hallar digno y perenne empleo todas sus potencias, satisfaccion todos sus deseos, y cumplimiento todos sus destinos. Una ciega fe en su razon, una ilimitada confianza en sus propias fuerzas, un amor desenfrenado y criminal condescendencia consigo mismo, reemplazando á las luminosas creencias, á las inmortales esperanzas, á los generosos impulsos de abnegacion y de piedad que elevan su espíritu á la region de lo infinito, le hacen á la vez impío y supersticioso, puerilmente crédulo y escépticamente desconfiado, entusiasta por vanas fruslerías é insensible á los grandes sentimientos. Dícese que la fe y el amor desaparecen, dígase mejor que se concentran y replegan hácia dentro:

ningun culto ha producido mas estravíos y locuras, mas disensiones y violencias, mas agitaciones y desastres que el culto de la humanidad. Tantos sistemas presuntuosos, tantas leyes elásticas, tantas quimeras irrealizables, tan colosales pretensiones, tan ambiciosas exigencias ¿qué son sino proclamaciones fastuosas de su infalibilidad, de su omnipotencia, de su perfectibilidad indefinida? ¿qué son sino imprudentes votos de confianza dados á su vacilante razon y á su corrompida naturaleza? Si posee en propiedad su morada y sus medios de existencia, si la tierra le ha sido dada para gozar y la libertad para usar de ella á su capricho, si de nada tiene que responder á nadie, si la verdad y el bien son gérmenes intrínsecos que él puede con su soplo desenvolver y fecundar, entonces el hombre es Dios sobre la tierra; y si es Dios, no debe cuenta ni dependencia al Sér supremo sino cuando mas un estéril homenaje, y ved ahí el deísmo en religion; si es Dios, puede estirpar el mal físico y moral de la superficie del globo, y ved ahí el progreso sin límites en filosofía; si es Dios, puede y debe gobernarse por sí y para sí como infalible en su razon y soberano en su poder, y ved ahí en política la democracia; si es Dios, son lícitos todos sus deseos y santas todas sus pasiones, y ved ahí la moral del placer, del interés, de las convenciones sociales, de todo menos el deber. Veamos en cada una de estas esferas los resultados de la glorificacion de la humanidad.

El ateísmo ha perdido mucho de su favor en nuestros tiempos, y solo se espresa ya por boca de algunos delirantes que quisieran quebrantar y desplomar sobre la sociedad humana las bóvedas del cielo. Hay en este postrer término del error un orgullo satánico, una audacia inmensa, una fé decidida bien que negativa, una incursión temeraria por los abismos y profundidades de lo infinito, que se aviene mal con la flojedad cobarde, con el fastidiado escepticismo, con las tendencias materialistas de nuestra generación. El espíritu niega al espíritu, pero la materia dice tan solo que no lo conoce, que no es de su competencia; y las discusiones en pro y en contra le parecen vanos cuidados y hueca palabrería que la distraen inutilmente de sus goces y paralizan sus tareas. Ya no se trata de lanzarse hácia arriba con la esterminadora espada de la razón y de invadir los cielos yermándolos espantosamente: menos gigantesca pero mas positiva es la ambición de nuestros deístas; trátase, no de arrancar á Dios el centro de los mundos, sino de escamotearle ese átomo de ellos que nos ha prestado, y de alzarse con la soberanía, lisonjeándose de escapar á su atención por la misma insignificancia de los rebeldes; trátase en fin de aislarnos en ese pequeño globo, y de que nuestras relaciones exteriores se limiten á calcular la respectiva distancia de los demás y á medir sus evoluciones. Himnos á la naturaleza, religion natural, virtudes naturales, forman el culto, la liturgia, la moral de la nueva deidad humana á la cual se dá todo menos el título de tal, porque el epíteto de *divino* es borrado y suprimido por do quiera con la misma afectación que el de *real* al día siguiente de una revolución. Hay en esto otra cosa que ingratitud, otra cosa que rebeldía, hay profundo envilecimiento; porque el hombre no se ha emancipado nivelándose con Dios, sino rebajando su espíritu, encadenando sus facultades, poniendo sus inclinaciones al nivel de la tierra. Repútase hartó bajo para entrar en relaciones con su Hacedor, hartó pequeño para lo infinito, hartó deleznable para la inmortalidad; desconfía de sí mismo cuando mas parece

presumir, y al vindicar su independencia proclama su miseria y degradación.

La filosofía ha cortado sus alas para no remontarse sin percibirlo á las esferas superiores donde antes el espíritu se complacia en divagar, y para encerrarse en el círculo estrecho á que la humanidad se ha reducido, acomodándose á las necesidades materiales y terrenas miras que exclusivamente la ocupan. El hombre, por el hombre y para el hombre, ó digamos mejor, la materia, por la materia y para la materia, ved ahí el resúmen de todos sus sistemas, el objeto de todos sus cuidados, el medio omnipotente, el fin universal. Los que mas sienten la necesidad de un principio espiritualista, lo revisten de tal traje y lo presentan velado y encubierto de manera, que quitan á sus rayos la luz y el calor. Cuéstales trabajo conceder la hospitalidad á las ideas de un órden mas elevado, aun en el acto de reconocer su celeste origen; y no parece sino que por favor son admitidas á alternar con las cosas de la tierra envanecidas de su inmensa superioridad. Su cielo es un Olimpo cuyos dioses usan de formas humanas y perecederas, y su idealismo ni siquiera se eleva tan alto como la mitología. Arrumbando á un lado el aparato metafísico y los símbolos misteriosos con que antes encubrian sus doctrinas mas avanzadas, concretan en la humanidad, en el hombre, en el *yo* sus abstracciones nebulosas, de cuyo inapeable caos solo una cosa resulta de perceptible y de positivo, y es la proclamación exclusiva de ese *yo*. Su libertad es la omnipotencia, la dirección de sus esfuerzos es la perfectibilidad; y allí donde se detienen los límites de una y otra, allí empieza el reino tenebroso é inaccesible de una fatalidad desconocida. Leyes divinas y humanas, barreras sociales, obligaciones y contratos, teorías de gobierno, movimientos religiosos del alma, voces de la conciencia, vago culto del bien, de la verdad y de la belleza, arranques de las pasiones, frágiles lazos del sentimentalismo, todo desaparece, todo se absorbe en aquella sola idea ó mas bien sentimiento de la personalidad; la filosofía no ha respetado mejor sus propias hechuras que las leyes del

Criador. Dios y el hombre en contradicción, Dios y el hombre incomunicados! así se había imaginado hasta aquí el infierno, así se sueña ahora el paraíso.

Otra especie de filósofos prácticos, por decirlo así, ó por otro nombre economistas, concentran su atención en el bienestar y en el acrecentamiento material del hombre, y se jactan de labrar su ventura, como los otros su independencia. Con hipócrita modestia y afectado respeto prescinden de la religión y de la moral como de elementos que no pertenecen á este mundo ni entran en la esfera de sus investigaciones; estudian las causas de la miseria, buscan los remedios mas eficaces para estinguirla ó atenuarla, enumeran, agrupan y describen los vicios, y todo esto humanamente sin hablar de creencias ni deberes. Por esto sus insulsas teorías alumbran sin calentar; como las declamaciones revolucionarias queman sin alumbrar. No basta para aliviar los infortunios de sus semejantes, el pintárselos con vivos colores; no basta dirigirles la voz sino tenderles la mano para sacarlos del abatimiento en que yacen. Buena es la policía, buena la administración, buena la instrucción, buena la industria; mas para hacer la fuerza y la felicidad de una nación y de la humanidad entera, no todo se reduce á establecer oficinas, á abrir hospicios y escuelas, á multiplicar talleres, á proteger la seguridad individual. El mal, el vicio y la miseria burlean estos esfuerzos y combinaciones mecánicas, y segados en una parte retoñan con mas fuerza en otra, cubriendo como la mala yerba las plazas y los caminos. Cuidad estos cuanto queráis, barred su cieno, regad su polvo; sin la lluvia benéfica del cielo nunca los vereis limpios; sin el calor vivificante del sol, siempre húmedos y mal sanos. Y si nada podeis por la tierra sin el concurso de lo que está fuera de la tierra, ¿qué podreis en favor del hombre sin el auxilio que le viene de arriba?

J. M. Q.

UN RECUERDO Á LOS CONSOCIOS

FALLECIDOS DURANTE LA EPIDEMIA.

Para el reducido número de víctimas con que por mas de dos meses ha saciado su furor en Palma la terrible calentura, considerables son las pérdidas que en nuestra asociación tenemos que lamentar. No es fácil fijar los que en este período precisamente han sucumbido al mal reinante: de algunos parece que murieron de diversas enfermedades que indicamos; pero tambien hay otros casi indudablemente fallecidos del tifus, apesar de no hallarse inscritos sus nombres en el registro oficial. De todas maneras, aparte de las omisiones de que acaso adolezca tambien el presente catálogo, en especial por lo tocante al distrito de Santa Cruz, resulta ya de pronto que las defunciones de nuestros socios forman una quinta parte aproximadamente de las que entre los varones de todas edades ha ocasionado la fiebre amarilla, mientras que la totalidad de los asociados, que no llega á dos mil, apenas constituye la duodécima parte de la población varonil de nuestra capital.

¿En qué consiste esta lamentable desproporción? Compuesta la Sociedad en su mayoría, no solo de la clase artesana sino aun de la jornalera, de los pobres y humildes, objeto de la predilección de nuestro Salvador Jesucristo muchos siglos antes de serlo de los mentidos alhagos de los modernos demagogos, una buena parte, tal vez la mayor de ella, se quedó dentro de la ciudad evacuada por sus mas acomodados moradores, sea por falta de medios para una costosa emigración, sea por no interrumpir sus ordinarias tareas, sea por aquella bienaventurada conformidad y sosiego con que Dios favorece amenudo por compensación en medio de los públicos azares á los desprovistos de fortuna. Sobrecogiéronse el mal cuando menos lo pensaban en el seno de su familia, á unos haciendo frente á las urgentes necesidades de su consorte é hijos, á otros en su ancianidad despidiéndose ya de la trabajosa vida, á otros cuando entraban en la risueña juventud formando el apoyo ó la esperanza de sus padres; y rodeados de los consuelos del cariño en su propio lecho ó de los de la caridad en la camilla del hospital, acabaron cristianamente sus dias, no dejando en verdad estendido renombre, pero sí opinión de honradez y laboriosidad entre cuantos los conocian, y á los suyos indeleble dolor cuando no irreparable desamparo.

Algunos sin embargo, que sobresalian de la modesta condición de los demás, merecen ser mencio-

nados particularmente. A su frente está el joven presbítero D. Sebastian Palmer, que investido en estas circunstancias del peligroso honor de vicario de Santa Cruz, al año ó poco mas de ordenado sacerdote, es el único de los de su benemérita clase que sucumbió en la heroica prueba de que lograron salir con vida sus esforzados compañeros el ecónomo Sr. Pujol y el otro vicario Sr. Frau, y vió coronadas con el inmortal galardón las primicias de su celo. A la Sociedad pertenecía también desde fines de setiembre, cuando ya germinaba en la población el mal, D. Benito Gonzalez probo empleado en la administracion de hacienda durante algunos años, cuya prolongada lucha con la muerte escitó tan general interés. Otro de los consocios y director de los coros de la seccion filarmónica era D. Pedro Antonio Duran, joven amable y simpático, cuyo porvenir artístico en el arte musical ha venido á truncar tan precozmente la guadaña.

Paz y descanso eterno á sus almas en el seno de Dios, en cuyo nombre se congregaban, y á quien no vacilaron en declararse fieles en esta época de perturbacion y rebeldía! Desprendidos de esta Asociacion transitoria para formar parte de otra sin número y sin fin, donde se estrechan inefablemente los vínculos aquí comenzados, y á la cual esperamos ser trasladados uno á uno sucesivamente, tienen derecho á las oraciones de los que aquí quedamos para que á su vez oren por nosotros; y uno de los primeros cuidados de la junta directiva será, no lo dudo, la de fijar día para tributarles unas solemnes exequias, cuyo principal aparato consista en la asistencia y en el sentimiento general.

He aquí la lista de los fallecidos, sin perjuicio de completarla mas adelante caso de faltar alguno:

Primer distrito.—La Catedral.

Francisco Lázaro ex-portero del Real Patrimonio, 4 octubre.

Bartolomé García, 13 noviembre.

Segundo distrito.—1.º de Santa Eulalia.

Ignacio Sanchez albañil, 24 octubre.

Gaspar Bauzá curtidor, 31 octubre.

Gabriel Dabó albañil, 5 noviembre.

Bernardo Bordoy hornero, 20 noviembre.

Luis Picornell curtidor, 4 diciembre.

Tercer distrito.—2.º de Santa Eulalia.

Antonio Marqués carpintero, de hidropesía.

Francisco Albertí almidonero, de apoplejía.

Bartolomé Albertí su hijo, 31 octubre.

Cristóbal Camps medidor de trigo, 6 noviembre.

Guillermo Torrents tendero, de pulmonía, 23 noviembre.

Cuarto distrito.—Santa Cruz.

D. José Oliver estudiante, 26 setiembre.

D. Antonio Ginard estudiante, 12 octubre.

Guillermo Valcaneras sacristan, 14 octubre.

Bartolomé Mora albañil, 20 octubre.

D. Benito Gonzalez empleado, 21 octubre.

D. Sebastian Palmer Pro. y vicario, 4 noviembre.

D. Pedro Antonio Durán músico, 14 noviembre.

Quinto distrito.—San Jaime.

Sebastian Ferrer hornero, 27 octubre.

Manuel Perelló barbero, 27 octubre.

Francisco Aranda repartidor del *Diario*, 12 noviembre.

Ramon Aragonés municipal, 13 noviembre.

Sexto distrito.—San Miguel.

Martin Torrendell tejedor, de asma, 4 noviembre.

Juan Pou zapatero, 7 diciembre.

Jaime Martí cocinero, de tisis, 10 diciembre.

Séptimo distrito.—San Nicolás.

D. Antonio Mulet sastre, de tisis, á fines de setiembre.

D. Pablo Bérnago, de apoplejía, á fines de octubre.

Bartolomé Adrover marinero, muerto á bordo.

Luis Salamanea impresor, 8 noviembre.

Miguel Oliver, calenturas perniciosas, 22 noviembre.

Pero al lado de este fúnebre catálogo nos consuela presentar el de los socios que en este angustioso período han prestado servicios extraordinarios con un valor y una caridad á toda prueba. Basta indicar que á nuestra Asociacion pertenece casi todo el personal que cuidaba del hospital de apestados: D. Jaime Beltran su administrador, D. Antonio Calafell contador, D. Antonio Nadal sub-director, don Francisco Pou y D. Lorenzo Ferragut enfermeros, y el tonsurado D. Juan Reus que amenudo visitaba en sus casas á los acometidos. Nadal desde el principio, abandonando su oficio de cajista de imprenta, se ofreció al peligro gratuitamente y llegó á estar viaticado; Pou, despues de entrar allí como enfermo, convalecido del mal que contrajo en la asistencia de un amigo y que puso en grave riesgo su vida, se quedó por mas de quince dias en clase de desprendido servidor, coronando los merecimientos que durante el cólera de 1865 le valieron la cruz de beneficencia de segunda clase y la estimacion general. No mentaremos los actos de algunos eclesiásticos consocios, clase en quien dejan de asombrar por ser ordinarias y comunes en estos trances la abnegacion y la fortaleza; y sobrios en la alabanza, la circunscribimos á los breves límites que consiente la modestia de los nombrados y que exige la delicadeza de la misma sociedad. Pagarlos con fugitivos encomios ¿no sería defraudarles de su verdadera é inmortal recompensa?—Q.

INVITACION

AL PUEBLO CATÓLICO DE MADRID.

Sin distincion de cpiniones ni de partidos políticos, personas distinguidas por su posicion social ó su talento, publicistas, escritores, literatos católicos, han dirigido al pueblo de Madrid la invitacion siguiente. Ya que me es imposible juntar mi firma á las de mis amigos y compañeros, que muchos desde largo tiempo son íntimos y cordiales, séame lícito dirigirla, ojalá fuese con voz mas autorizada, no solamente á las Asociaciones de la provincia, sino á todos los sinceros católicos de estas islas indistintamente, para que entren con decision en la pacífica cruzada que pone en movimiento á la cristiandad. Las columnas de la UNIDAD y cuanto penda de sus redactores, están á su disposicion para coadyuvar á esta solemne protesta. He aquí el documento de que se trata:

Cautivo el papa y en él ultrajada la Iglesia, no pueden los católicos prescindir de elevar al cielo fervientes plegarias; no pueden hacer suyo el delito por la oprobiosa complicidad del silencio.

¡Delito horrible, que llena al entendimiento de asombro y de lástima al corazon, el cual, por lo que tiene de humano, ardiera tambien enfurecido, si la inmensidad del dolor dejase algun espacio á la ira! ¡Delito sobre horrendo villano, que armado de la astucia y la fuerza en nombre de la lealtad y del derecho, llámase con denodada hipocresia amigo y sosten de aquello mismo que aborrece y combate, y se prosterna ante la víctima para arrancarle las entrañas! ¡Delito enorme, delito sin medida, que osa poner sacrilega mano en el vicario de Jesucristo, haciendo ilegítimo patrimonio de un solo estado lo que es legítima y santa propiedad del orbe católico, aprisionando al padre comun de los fieles con bárbaras cadenas que necesaria y fatalmente han de sujetar y oprimir á la vez al padre y á los hijos!

El papa es rey de Roma; el papa es cautivo si no es soberano; y el príncipe que le tenga sometido á su arbitrio, ese tiraniza á todos los católicos de la tierra. Si, católicos, la libertad del pontificado es nuestra libertad: en la libre enseñanza de la Iglesia estriban la paz y dicha de los hombres; arrebatado el pastor á la grey, queda esta sin amparo ni guia, contristados los corazones, turbadas las conciencias, la vida espiritual de las almas cercada de tinieblas y horror.

Por eso ya la soberbia infernal se estima vencedora. No: la Iglesia no puede morir. Pero mientras dure la ofensa y esclavitud del pontífice romano su cabeza visible, hollada la justicia, escarnecida la virtud en la mas alta representacion que la virtud y la justicia tienen sobre la tierra, trastornado el mundo con desórden funesto, no habrá gozo ni calma para ningun pecho católico ó meramente aficionado á la mas vulgar honradez; males sin número, cuya magnitud y eficacia no es dable pesar ni medir, caerán como lluvia de fuego sobre todo el género humano, responsable todo él de la iniquidad que hoy le espanta y allige. Por la violenta accion de los malos que son los menos, y por la mísera quietud de los buenos á medias, que son los mas, llévase de ordinario á cabo aquellas grandes iniquidades de que para los unos y los otros se originan luto y vergüenza.

No debe, sin embargo, la angustiosa incertidumbre de haber merecido el azote, robarnos la inefable esperanza de obtener el remedio de manos de Dios, ya que con nuestros pecados encendemos su ira, mas no agotamos su misericordia, ya que una de las cosas que él no puede hacer es negar oído á quien le llama con lágrimas y penitencia, con buenas obras y oraciones.

Venid, pues, católicos madrileños; venid á la iglesia. Venid, hombres, y mujeres, ancianos y niños: allí todos tenemos fuerza bastante para la mas sublime empresa de que los humanos somos capaces: la de mover la piedad de Dios. Venid, partidarios de cuantas opiniones esclusivamente políticas dividen y enemistan hoy á los hijos de un mismo pueblo; allí todos estaremos unidos por el lazo comun de la fé. Venid, vosotros los que á justo título os envaneceis con nobleza heredada de aquellos hidalgos campeones que ilustraron su vida dándola gozosos por la patria y la religion, cuando era todo uno morir por la religion y morir por la patria; y venid, vosotros tambien, humildes proletarios, descendientes de aquellos héroes populares, no menos dignos de respeto y admiracion, que ahogaron con su sangre al corso debelador del mundo, antes que por ninguna otra causa, por amor á su religion íntegra y pura: allí todos somos hermanos, todos iguales; ó mas bien allí el rico se inclina ante el pobre, y el grande ante el pequeño.

Venid, católicos, á la iglesia, y brillen con ufania á la luz del sol las lágrimas que á escondidas y como con vergüenza derramais en el ignorado y oscuro rincon de vuestras casas.

Así cumpliremos el fin primordial de elevar súplicas al Eterno: así haremos al par solemne y pública protestacion de fidelidad á la santa sede, al anciano bendito, á quien, si por la fé no supiésemos que es sagrado, todavía por la sola razon no estraviada ni pervertida, tributaríamos amor y respeto y veneracion sin límites, á quien se vuelven todas las almas ansiosas de contemplar, en medio de tantas flaquezas y cobardías, el augusto y consolador espectáculo de la constancia que nunca se dobla, del valor que nunca se rinde, el valor y la constancia del mártir: así daremos tambien prueba eficaz á España entera, al universo entero de que los católicos de Madrid no consienten en la sacrilega usurpacion de que son víctimas, sino que la execran y rechazan, combatiéndola hoy como pueden, y prontos á derramar la sangre de sus venas en el mismo punto en que sepan ser llegado el de derramarla, por la integridad de los derechos y la independencia del pontífice-rey, su jefe espiritual, su maestro infalible, su amantísimo padre.

No pretendemos nada que no sea lícito: lícito es lo que defendemos, es bueno, es necesario: la defensa de nuestra religion, de nuestra religion nada mas, única fuente de salud para nuestras almas. ¿Será parte el miedo á retraernos de cumplir sin remoto peligro este imperioso, este santo deber? El miedo hoy, como en todas las épocas de envilecimiento general, nace en los ánimos apocados sin motivo ni pretexto siquiera, y es quizá el mayor enemigo del bien. Pero no; los católicos no podemos tener miedo mas que á una cosa: á ofender á Dios. No, los católicos no volveremos por miedo la espalda al justo caido para besar los pies á la iniquidad triunfante. No, los católicos no diremos como aquel infeliz miedoso cuyo nombre resuena pavorosamente en el Credo, donde no se habla de Caifás ni de Judas; los católicos no diremos como Pilatos: este hombre es inocente, crucificadle.

Madrid, 1.º de diciembre de 1870.—El marques de Viluma.—Cándido Nocedal.—Manuel Tamayo y Baus.—El conde de Canga-Argüelles.—Leon Carbonero y Sol.—Juan Ortí y Lara.—Tomas Isern.—El marques de Mirabel.—Antonio Lizárraga.—Ramon Vinader.—Vicente de la Fuente.—Enrique Perez Hernandez.—Juan Tró y Ortolano.—El marques de Monesterio.—Mariano Arrazola.—Vicente de la Hoz.—Santiago de Tejada.—Manuel Garcia Menendez de Nava.—El conde de Superunda.—Domingo Fernandez Vidal.—El duque viudo de Uceda.—Francisco de Paula Lobo.—El duque de Escalona.—Vicente Vazquez Queipo.—Mariano Nougues Secall.—Luis Lopez de la Torre Aillon.—El marques de Bahamonde.—Gonzalo Sebastian de Liñan.—José María Carulla.—Alberto Manso de Velasco y Chaves.—Manuel Luis Godoy principe de Bassano.—Tiburcio Perez Ollerro.—José María Antequera.—Francisco Javier Garcia Rodrigo.—Joaquin Ceballos Escalera.—Manuel Garcia Rodrigo y Perez.—Luis María de Llauder.—Valentin Palomino y Peral.—Aureliano Fernandez Guerra.—Manuel Cañete.—Francisco Mendez Alvaro.—José Vicente y Caravantes.—El conde de Isla Fernandez.—El marques del Arco.—Fernando Lopez de Sagredo.—Valeriano Casanueva.—El conde de Belascoain.—Andres Rodriguez Velez.—Valentin Gomez.—Luis Echevarria.—Francisco Sanchez de Castro.—Ciríaco Navarro Villoslada.—Juan A. Almela.—Francisco Hernandez.—Francisco Quereda.—Ramon Nocedal, secretario.

CONTRA LA CANDIDATURA DEL DUQUE DE ACOSTA.

La asociacion de católicos de Madrid dirigió á las cortes la siguiente esposicion, redactada segun se asegura por el señor D. Cándido Nocedal:

Á LAS CORTES.

«Los que suscriben, considerándose, en el punto determinado á que se dirige este escrito, fieles intérpretes del sentimiento nacional y representantes de la universal opinion de España, acuden á las cortes para que no elijan rey al hijo del monarca sin ventura que es hoy «carcelero del papa y verdugo del catolicismo.»

Nosotros, que no creemos tengan potestad los hombres para crear reyes ni dinastías en países de antiguo constituidos y organizados, no abrigamos la intencion de concurrir directa ni indirectamente á reemplazar á la Providencia divina, que otorga á unos las coronas de la tierra y despedaza en las manos de los otros los mas robustos cetros. Pero queremos contribuir en lo que podamos á evitar que ni un solo dia impere sobre nosotros y sobre nuestros hijos un vástago de tan desdichado usurpador de los estados de la Iglesia. Las tumbas de nuestros padres se estremecen al solo anuncio de que van á ser holladas por plantas de los hijos del impío, y por añadidura extranjeras. Nuestras madres y nuestras mujeres no pueden sufrir la afrenta; nosotros la rechazamos.

Ciudadanos somos de Roma, puesto que somos católicos; Roma no es, no puede ser patrimonio de una audaz y ambiciosa familia, porque nos pertenece á nosotros y al mundo entero; no queremos consentir silenciosos que el tirano usurpador de nuestra ciudad nos envíe aquí sus hijos para escl-

vizar á los nuestros. Nuestro padre, nuestro rey espiritual es el papa; no queremos renegar del gloriosísimo timbre de súbditos leales y buenos hijos, autorizando con el silencio el imperio en España de la familia que ha destronado á nuestro padre.

Si llega á hacerse dueño de nuestra patria con título de rey el hijo del depredador de Roma, habrá unas cuantas voces que griten ¡viva el rey Amadeo! Con nosotros la España de Recaredo, de san Fernando, de Isabel la Católica, de Bailen, Zaragoza y Gerona, gritarán en son de protesta contra la usurpacion de Roma ¡viva el pontífice romano! El eco del primer grito durará unos cuantos dias; el nuestro resonará hasta la consumacion de los siglos.

Si no se nos permite aclamar en las calles al pontífice Rey, le aclamaremos en las catacumbas; no será la vez primera que salgan de las catacumbas los cristianos para establecer en el mundo el imperio de la verdad y de la justicia. Y si fueren invadidas las catacumbas, aclamaremos al vicario de Jesucristo en el destierro y en el suplicio; no será la vez primera que la voz de los cristianos amanse á los leones y los tigres.

Nosotros, siguiendo á nuestros pastores y al pastor de los pastores, repetimos con ellos que el dominio temporal de la santa sede ha sido establecido por manifiesto designio de la providencia divina, y que es necesario en el estado presente de las cosas humanas para la direccion y dicha de las almas, para el bien y libertad de la Iglesia, para el bien y libertad de las naciones.

El usurpador de Roma codicia para su despojo sacrilego la sancion de las potencias católicas, y por eso acepta hoy coronas que no ha mucho desdeñaba. Lejos de nosotros la indigna complicidad del silencio dejando de protestar contra la sancion que se busca. Si hubiera tiempo firmarian esta esposicion millones de españoles; ya que no lo hay, unos pocos la firmamos, intérpretes seguros de la inmensa muchedumbre.

Los poderosos que concurrieron á despojar de sus estados á la Iglesia, uno tras uno van cayendo en medio de pavorosos desastres que nadie preveia, porque nadie con oca los inescrutables designios de Dios, ni sabe los caminos de su justicia. ¿Qué será del principallautor del atentado? ¿Qué será del que no se ha parado delante de la ciudad santa?

Aclamar á sus hijos por reyes es hacerse solidarios de la culpa; es desafiar y atraerse el castigo del cielo. ¡Qué España no se haga digna de castigos mayores de los que ya padece de los crímenes de muchos y la tibieza de todos!

Madrid 8 de noviembre de 1870.»

CRÓNICA.

«A pesar de su atrasada fecha, es tal el interés de la siguiente correspondencia de Roma que no podemos resistir al deseo de reproducir sus párrafos mas importantes.

La solemne declaracion hecha por Pio IX en la bula de la suspension del concilio Vaticano, de que encontrándose actualmente bajo la potestad de sus enemigos se halla imposibilitado en mil maneras para ejercer libre y espeditamente su autoridad espiritual, ha causado profunda sensacion en nuestras nuevas regiones oficiales.

Para prevenir en lo posible y por cuanto está de su parte las consecuencias de esta declaracion, nuestro dictador Lamarmora se ha apresurado á desmentirla, afirmando (en una

nota inserta en la *Gazzetta ufficiale di Roma*) que «el hecho mismo de haber publicado dicha bula y haberla espuesto al público en la puerta de las principales basílicas, demuestra evidentemente que el padre santo, en lo relativo á las cosas espirituales, puede ejercer libremente su soberana autoridad, sin molestia alguna por parte del gobierno civil.»

Lo mismo podía haber dicho Napoleón I cuando después de haber destronado y hecho prisionero á Pío VII, la mañana del 11 de junio de 1809, encontró espuesta al público en la puerta de las iglesias la bula de excomunión. Entonces podía haber dicho que el papa era libre hasta para escomulgarle. Pero no tuvo valor para tanta hipocresía. La bula *quum memoranda* de Pío VII fué publicada en Roma contra la voluntad del gobierno francés, como la bula *postquam Dei munere* de Pío IX lo ha sido contra la voluntad del gobierno italiano; una y otra han aparecido inesperadamente. Si Napoleón hubiera podido, hubiera impedido la publicación de la primera, como Lamármora la publicación de la segunda. El hecho, pues, de haberse publicado no es una prueba tan evidente de la plena libertad del pontífice, como pretende nuestro dictador. Cuando más solo probaría que Pío IX ha tenido la libertad de decir que está prisionero; la libertad de quejarse. ¡Vaya una libertad digna del jefe del catolicismo!

Y sin embargo, aun parece escésiva á la mayor parte de los nuevos treinta y ocho periódicos de esta ex-capital.

En su concepto el papa no debe gozar de más libertad que la que tiene un simple periodista para expresar sus opiniones; y así critican amargamente el real decreto por el que S. M. Víctor Manuel se digna eximir de la previa censura (impuesta á la prensa romana) los documentos oficiales de la santa sede que se impriman en la topografía pontificia del Vaticano.

Y no solo impugnan este privilegio, ó como ellos dicen estas *garantías tipográficas*, sino también y con mucha más violencia, las prometidas *garantías territoriales*. «El papa, dicen, ha de entrar en el derecho común, y por lo tanto no ha de gozar de ningún privilegio ni tener más garantías de las que la constitución acuerda á cada ciudadano.» ¡Si al menos como á tal le respetaran!

Pero es el caso que respecto á Pío IX se permiten los insultos más groseros, los versos y las caricaturas más infames, á lo que seguramente no se atreverían si se tratara de otro. ¡Y la censura lo permite!

En vano se esfuerzan en decir que es libre de salir cuando le parezca á pasearse por Roma, á lo cual le están invitando continuamente ellos mismos, y en particular los soldados italianos, con el general Lamármora á la cabeza.

Pío IX podrá salir; pero saliendo tendrá el gusto de contemplar la brecha y los destrozos de los monumentos de Puerta Pia, hechos por los *medios morales* con que al fin ha venido á resolverse la cuestión romana.

Si quiere dar una vuelta por el *Corso*, se divertirá en ver sus caricaturas y en oír á los vendedores de periódicos ¡la fuga del tío Pío el Papa! ¡la muerte de D. Temporal, á un sueldo! En la plaza *Colonna* podrá comprar la biblia protestante del Diodati, las obras del apóstata *de Sanctis* y dell' *Organo* contra el papado y la Iglesia, y toda clase de libros irreligiosos y obscenos, á precios muy baratos. Acaso verá también el saltimbanqui que anda por las plazas mostrando su mujer al público *in puris naturalibus*, además de otros muchos espectáculos á cual más indecentes é inmorales.

Por poco que ande por la ciudad, no se quedará sin ver insultar y acaso apalear á algún sacerdote ó á algún otro caballero, y hasta á señoras, que no tienen otro delito sino el de ser personas honradas y devotas al padre santo. Tampoco sería imposible que él mismo fuera insultado, por más que los italianísimos aseguren lo contrario y hasta digan que le tienen preparada una ovación para el día que salga. Esta ovación, lo mismo que los honores de soberano que le ha decretado Víctor Manuel, serían el irónico *ave Rex Judæorum* dicho á Jesús por sus verdugos.

En medio de tantas tribulaciones, su salud es excelente. Esto parece providencial. En las actuales circunstancias, una sede vacante sería un mal incalculable para los intereses del catolicismo.

Veremos al fin que Pío IX reúne un verdadero plebiscito harto más verídico que el del gobierno italiano. Porque los 40.000 votos que este obtuvo, son 40.000 anónimos. No se sabe quien los ha dado, acaso estaban ya puestos en las urnas; y además, sabemos que han votado muchos napolitanos y milaneses y de otros varios puntos de Italia, y estos no en una sola urna, sino en todas, y en algunas de ellas varias veces. Pero, ¿qué más? Ha habido unos cuantos alemanes que estaban aquí de paso, los cuales *con anuencia de las autoridades* se han divertido en ir á deponer su voto afirmativo en todas las urnas de Roma; pero después lo han publicado en los periódicos de Alemania para irrisión é ignominia del plebiscito romano. Estos y otros muchos hechos que se van descubriendo todos los días, han suministrado el tema de una comedia á un poeta de Turín, que la ha intitulado *El plebiscito romano de 1870*, la cual debía presentarse en el teatro Balbo de dicha ciudad, pero se ha suspendido por orden de la autoridad superior, no queriendo esta que se «ponga en ridículo el acto magnánimo de los romanos para la anexión de Roma, y con él el fundamento del decreto nacional italiano.» Hé aquí lo que ha sido el plebiscito: una comedia.

Y lo mismo son todas las demostraciones que se hacen en nombre del pueblo romano. He oído que los que hicieron la ovación al honorable Sella á su llegada á Roma, están furiosos porque aun no se la han pagado.

La población de Roma no lo está menos, pero por diferente motivo. La mayor parte de los empleados romanos, no obstante haber votado la anexión, han sido destituidos y reemplazados con piamonteses. Esta disposición ha dejado sin pan á 5.000 familias. Y no pueden esperar socorro, porque las grandes sociedades de beneficencia, que les hubieran ayudado en tales circunstancias, como lo solían hacer con tacto y delicadeza, comienzan á desaparecer. En cambio se instituyen lógicas masónicas y templos protestantes. Y no son solo los empleados los que gimen; los propietarios de fincas urbanas están atemorizados con los disparatados proyectos arquitectónicos que pretende llevar á cabo la comisión nombrada para la *reconstrucción* de Roma.

Se trata nada menos de construir una ciudad nueva en la ciudad existente. Sus calles formarán todas ángulos rectos, y convergerán á cuatro grandes calles que se deben abrir desde la *Trinitá del monte* al *Gianicolo*, del *Gianicolo* al Capitolio, del Capitolio á *Santa Maria Maggiore* y de aquí á la *Trinitá del monte*. Así cuadrada, Roma sería una ciudad hermosa; pero por lo visto no es del gusto de los propietarios romanos. Otro motivo de descontento son las quintas y la guardia nacional. Hasta ahora no habían conocido los romanos la contribución de sangre, ni los sacrificios que cuesta el placer de vestir el uniforme de miliciano. Además, ya se ha prescrito el papel sellado é impuesto otra infinidad de cargas que les hacen desatarse en *accidenti* y muy acentuados contra el nuevo orden de cosas.

Efecto de este malcontento es la poca afluencia que se nota en acudir á inscribirse en las listas electorales. Fuera del *Rione* ó distrito de *Campo Martio*, que es el más poblado de los 13 en que se divide Roma, apenas han llegado á 200 los inscritos en cada uno de ellos. Se nota que muchos temen *dentro de poco* una restauración.

Estando á las noticias que corren por los círculos eclesiásticos (las cuales sin embargo suelen adolecer de optimismo), acaso no sea difícil, si llega á concluirse la paz entre Francia y Prusia. Parece que el movimiento católico de Alemania va produciendo sus efectos. Se habla de una nota colectiva de Prusia, Baviera y Bélgica que no es muy satisfactoria para el gobierno italiano, y es la causa de la suspensión de la venida del rey y de la traslación de la capital á Roma.

Mientras tanto, el gobierno italiano sigue adelante en la vía de las usurpaciones con una rapidez vertiginosa. Ya se ha hecho dar un estado general de todas las fincas rústicas y urbanas que poseen las iglesias, conventos y lugares de Roma. Con el tiempo vendrá el resto. Y no obstante, se cansa en estudiar un proyecto de conciliación ó *modus vivendi* con el papa. Hace ya tiempo que lo estudia, de lo que infiere

que su incubacion debe ser muy penosa. Dicho proyecto, segun veo en un periódico, comenzaria haciendo constar que «toda autoridad política del papa y de la santa sede queda abolida en Italia». Despues promete que «el papa será libre en el ejercicio de los derechos eclesiásticos; tendrá todos los honores y todas las libertades que constituyen las prerrogativas soberanas. Dispondrá de su corte como ahora; gozará de una *inmunidad territorial*, de la que gozarán tambien todos los prelados extranjeros, los cardenales y las órdenes eclesiásticas en donde reside el papa. La santa sede podrá comunicar libremente con las potencias y con el clero, á cuyo efecto tendrá un especial servicio postal y telegráfico. El papa y la Iglesia serán libres en la publicacion de todas las disposiciones personales y conciliares en el lugar de la residencia de la santa sede. El papa será libre de viajar por el interior del reino y el extranjero. Será considerado como soberano extranjero. La lista civil del papa estará á cargo de Italia, la que asumirá la deuda pontificia contraida hasta el presente.»

Ann cuando sobre este proyecto recayera la aprobacion de las potencias, el gobierno italiano no podria garantir su observancia. Mucho mas ahora que el partido avanzado va adquiriendo preponderancia, hasta el punto de comprometer la existencia del ministerio.

Hay quien espera que Francia, apenas logre rehacerse, venga á tomar en Italia la revancha de sus actuales derrotas pidiendo-la cuenta de la violacion de la convencion de setiembre.

Contribuye tambien á generalizar los temores de una restauracion el lenguaje de la prensa italiana. La mayor parte de ella consigna los peligros que amenazan á Italia el dia en que Europa pueda dirigir su atencion hácia Roma.

Por otra parte la actitud del cuerpo diplomático acreditado cerca de la corte de Florencia no es la mas á proposito para tranquilizar aprensiones. Sabido es que en la solemne ceremonia de la aceptacion del plebiscito brilló por su ausencia, no obstante haber sido invitado oficialmente á intervenir á ella. En cuanto al cuerpo diplomático acreditado cerca la santa sede, mantiene sus relaciones con el padre santo como soberano de Roma; y hasta la fecha no se puede señalar acto alguno que implique un reconocimiento de hecho, ni mucho menos de derecho, de la anexion de Roma al reino de Italia.

De esta disposicion de las potencias podemos prometernos cuando menos que se le obligará al gobierno de Florencia á dar á la santa sede sólidas y no ilusorias garantías en el ejercicio de su autoridad espiritual. A este proposito conviene notar el empeño con que los diarios italianísimos pretenden que la cuestion de garantías que se hayan de dar al pontífice, sea una cuestion interna que Italia sola debe resolver. No obstante, sus racionios no convencerán á los católicos; y por consiguiente la intervencion diplomática es inevitable.

Y no solo para amparar los derechos espirituales del pontífice, sino tambien los temporales. Vemos, por ejemplo, que el gobierno italiano se ha apoderado del palacio apostólico del Quirinal, que pretende tambien el Vaticano (relegando al papa al de San Juan de Letrán) y otros muchos edificios religiosos, que son propiedad de la santa sede, hechos y conservados con fondos de toda la cristiandad. Casi todo lo que hay en Roma de notable lo han hecho los papas, no como reyes, sino como jefes del catolicismo. No siendo pues propiedad del estado, el gobierno italiano carece de título para apoderarse de ello; y las potencias que tienen súbditos católicos, harán bien en hacérselo entender, y con ello defenderán sus propios intereses. Seria una lástima que el óbolo de las familias católicas de todo el mundo fuese á parar á los bolsillos de sus enemigos.

Se dice que Mr. Thiers, cuando estuvo en Florencia, manifestó la opinion de que *no cree posible la duracion de la unidad si persisten en querer hacer de Roma la capital de Italia*; y que habiendo intentado uno persuadirlo de lo contrario, añadió: «quisiera no ser una Casandra para Italia como lo he sido para Francia.»

Las noticias de Roma dicen que, sea por voluntad ó por impotencia del general Lamármora, el partido exaltado de-

magógico es dueño de la situacion. La secta quiere arrojarse sobre el Vaticano. Debajo de los mismos balcones de palacio del papa, *custodiado* por un cuerpo de guardia italiano, se permite que se canten canciones infames, especialmente una que tiene por estribillo las siguientes horribles palabras: «Es preciso ir al Vaticano, coger á Pio IX, encadenarle y fusilarle.»

Parece que la diplomacia misma teme por la seguridad del papa, al ver el desenfreno de la canalla que ha entrado en Roma con los invasores, y algunos embajadores han pedido esplicaciones al general Lamármora. Este ha manifestado que hará todo lo posible por salvar al papa, pero que *no puede resistir la corriente*: el papa, ha añadido, debe admitir las ideas de conciliaciones si quiere evitar todo peligro.

Esto demuestra la perfidia del carcelero del pontífice. Ellos alientan los desmanes de las turbas, para intimidarle y obligarle á dar su sancion á la iniquidad cometida.

Todos los dias ocurren hechos que demuestran mas y mas que la santa sede no puede tener libertad ni los católicos sosiego en la Roma revolucionaria. El *Univers* publica un largo relato de una especie de manifestacion impia que hubo dias pasados en la ciudad de los pontífices y que escandalizó y aterró á los fieles.

Andrés Ripa, capitán de *bersaglieri* herido en el ataque de Roma, murió sin que su familia y compañeros de armas dejaran siquiera acercarse á un sacerdote al lecho del moribundo. El entierro de este infeliz sirvió á los revolucionarios para hacer una manifestacion anti-religiosa y política. Todo el populacho y todas las sectas y sociedades revolucionarias con banderas y lemas impios asistieron á la conduccion del cadáver, que fué colocado en el carro fúnebre destinado á los cardenales difuntos y del cual se apoderaron violentamente los patriotas.

En el camino hasta el cementerio y sobre todo en este santo lugar hubo escenas salvajes de profanacion que se temia que fueran renovadas.

Despues de esto, todavía dirán que el papa está libre en Roma, y mucho será que no se les ocurra escribir que debió haber asistido á ese entierro de un mártir de la libertad.

El 6 de noviembre hubo en Maguncia una grande y numerosísima reunion católica, bajo la presidencia de S. A. el príncipe de Isemburgo y del reverendo señor obispo de la diócesis señor Ketteler. Este, el baron de Wambolt, el elocuentísimo Mouffang canónigo y rector del seminario, Hafner, el baron Schröeter y el abad Huhv, pronunciaron enérgicos discursos condenando la invasion de Roma.

La asamblea decidió por unanimidad firmar una protesta contra el atentado cometido por el *rey de Cerdeña*, y enviar un mensaje al gran duque de Hesse-Darmstadt soberano del pais, rogándole que con los demas soberanos de Alemania reivindique los derechos de la santa sede, lastimados por la invasion de los Estados Pontificios.

Ya ha habido un *meeting* católico en Dublin, bajo la presidencia del cardenal Cullen. Ultimamente este prelado ha recibido una esposicion con 50,000 firmas pidiéndole que convoque una gran reunion para protestar contra la invasion de Roma.

RETÓRICA SAGRADA

por el Dr. D. Manuel Muñoz y Garnica, canónigo lectoral de la Santa Iglesia de Jaen.

Obra de texto recomendada por el Escmo. señor cardenal arzobispo de Toledo, y por los Escmos. señores obispos de Jaen, Córdoba, Badajoz y Tortosa.

Un tomo en 4° de 350 páginas, se vende á 22 rs. en Madrid, librerías de Lopez, Olamendi y Tejado. En Jaen, Rubio y compañía, editor.